DON FEDERICO DE LA TORRE

RAÚL MÉNDEZ RODRÍGUEZ

Don Federico de la Torre

RAÚL MÉNDEZ RODRÍGUEZ

sello EDI

Sello Editorial Dimensión Inédita
www.selloedi.com

DON FEDERICO DE LA TORRE
© Raúl Méndez Rodríguez, 2026
www.rgmendezr.com

Méndez Rodríguez, Raúl
Don Federico de la Torre / Raúl Méndez Rodríguez. – Primera edición – San Ramón, Alajuela, Costa Rica: Sello EDI, 2026.
98 páginas; 13.97 × 21.59 cm

ISBN: 978-9930-01-032-7

1. NOVELA COSTARRICENSE.
2. LITERATURA COSTARRICENSE.
I. Título.

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito de ley.

El árbol ya estaba escrito en la semilla, pero nadie
le preguntó si quería convertirse en árbol.

I

Don Federico de la Torre despertó con la certeza de haber entendido algo decisivo.

No era una certeza cualquiera: le llenó el pecho, le apretó la garganta y le enderezó la vejez, como si los huesos recordaran su antiguo oficio. Estaba tendido sobre su catre, con una manta delgada sobre las piernas y los ojos fijos en el techo, mirando una mancha de humedad que desde hacía meses confundía con un mapa.

Afuera, la tarde caía sin prisa. La luz entraba por las rendijas de las ventanas cerradas, formando líneas cansadas sobre el suelo. Una mosca insistía en golpearse contra el vidrio, y aquel golpe mínimo le pareció una señal.

—Lorenzo —gritó.

Esperó.

La mosca volvió a chocar contra el vidrio.

—Lorenzo, Lorenzo. ¿Dónde se ha metido ese hombre? Uno se muere de ideas en esta casa y nadie viene a recoger el cadáver.

Desde el pasillo llegaron pasos. La puerta se abrió y apareció Lorenzo, delgado, sobrio, con un paño blanco en la mano y una paciencia gastada.

—Me llamaba, Alteza.

—Claro que lo llamo. Debió oírme media casa.

—Le ruego me disculpe. Estaba preparando el té.

Don Federico lo miró como a una traición.

—¿El té?

—El que me pidió hace un momento.

—Ay, Lorenzo. No empiece con sus fantasías. Yo no he pedido ningún té. Lo llamé porque tuve una idea brillante.

—Qué dicha.

—No diga "qué dicha" con esa cara. Una idea brillante exige testigos.

Lorenzo bajó la vista. Había aprendido que mirar demasiado a don Federico cuando hablaba de cosas graves equivalía a invitarlo a decir tres más.

—Lo escucho, mi señor.

Don Federico levantó un dedo. Quedó suspendido, como si aguardara órdenes de otra mano. Sus ojos buscaron apoyo.

Después miró hacia la ventana, luego hacia la manta, luego hacia Lorenzo.

—Era sobre…

El cuarto quedó en silencio.

—Sobre algo grande —dijo al fin—. Era grande. Algo sobre Nestoncio, o sobre el reino, o sobre esas dos cosas que se confunden cuando uno tiene descendencia.

El nombre de Nestoncio cruzó la habitación con la familiaridad de una deuda vieja.

—Tal vez si toma el té lo recuerde.

—No me cambie el tema. Usted cada día está más distraído. Abra las ventanas. Este bochorno está cocinando mis pensamientos.

Lorenzo obedeció. Al abrir la primera ventana, una brisa tibia entró en la habitación. No era fresca; don Federico cerró los ojos como si viniera del mar.

Al abrir la segunda, una hoja seca se coló y quedó girando en el suelo.

—Eso —dijo Federico—. El aire mueve la memoria. No hay pensamiento encerrado que no termine oliendo mal.

Lorenzo se volvió.

—¿Quiere que vuelva por el té?

—¿Cuál té?

—El que estaba preparando.

—No sea necio. Primero mande a llamar a Eduardo. Necesito sus consejos.

—¿Al señor Fernández?

—Claro que al señor Fernández. Dígale que venga a las ocho. A las ocho. Exacto. La puntualidad es la última virtud de los hombres sin reino.

Lorenzo inclinó apenas la cabeza.

—Enseguida.

Se disponía a salir cuando don Federico volvió a llamarlo.

—Y Lorenzo.

—Sí, Alteza.

—Cierre esas ventanas. Está entrando un viento de muerte.

Lorenzo miró la hoja seca en el suelo, las cortinas apenas movidas, la cara seria de su señor.

—Como ordene.

Cerró las ventanas y salió.

En el pasillo se detuvo. Sacó del bolsillo interno de su chaqueta una libreta pequeña, no la azul: otra, negra y discreta. Apuntó con letra rápida: “Repite idea brillante. Asocia con Nestoncio. Ordena llamar a Eduardo. Sensación de urgencia. Ventanas: calor/muerte. Respiración irregular al hablar”.

Después guardó la libreta.

Desde la habitación, la voz de don Federico volvió a oírse.

—¡Lorenzo!

El doctor Lorenzo Abarca, que en aquella casa se hacía llamar mayordomo, cerró los ojos.

Luego regresó.

Don Federico estaba sentado en la cama, con la manta enredada en los tobillos y una expresión de triunfo.

—Ya la recordé.

—Me alegra, Alteza.

—No se alegre todavía. Una idea mal montada tira al jinete.

—¿Y cuál es?

Don Federico abrió la boca. Se quedó así un momento. Después la cerró.

—Se me fue.

—Tal vez el té…

—Tal vez el vino —lo interrumpió—. Tráigame vino. Uno bueno. No ese que usted sirve cuando cree que no me doy cuenta.

—No le sirvo vino malo.

—Eso diría usted.

Lorenzo no respondió.

—Y no olvide lo de Eduardo —añadió Federico—. Dígale que venga porque he visto algo.

—¿Algo?

—O lo he pensado. Con la edad esas dos cosas se parecen mucho.

Lorenzo asintió. Al salir, volvió a escribir una línea en su libreta negra:

"Ha visto algo. O lo ha pensado".

En la cocina, mientras ponía agua a calentar y buscaba una botella de vino que no fuera demasiado fuerte, Lorenzo se preguntó si aquella tarde sería distinta. Lo pensaba casi todos los días, y casi todos los días terminaba corrigiéndose. En aquella casa, lo distinto solía parecerse a lo de siempre.

Pero esa vez había una diferencia mínima.

Don Federico no había nombrado a Nestoncio con la rabia habitual, sino como quien recuerda una puerta.

Y Lorenzo, que no creía en señales, sintió que una puerta se había abierto en alguna parte.

II

La mansión la construyó gente que confundía espacio con importancia.

Tenía pasillos donde podía perderse una conversación, salones que nadie usaba, habitaciones cerradas desde hacía años y una escalera principal demasiado ancha para las pocas personas que la subían. En las paredes colgaban retratos de hombres con bigote, mujeres con gargantillas, niños muertos antes de llegar a adultos y perros de cacería más dignos que sus dueños. Don Federico aseguraba que todos eran parientes suyos, aunque Lorenzo sabía que no lo eran. En la cocina, aun cuando nadie cocinaba, quedaba a veces un olor viejo a albahaca.

La casa pertenecía a la familia Fernández. Eduardo la había ofrecido por tres meses para un estudio clínico que, según cartas y permisos, no pasaría de una observación controlada de un caso avanzado de confusión identitaria, con episodios de fabulación persistente, alteraciones de memoria y resistencia a entornos hospitalarios. Eduardo firmó como responsable del espacio; el director del hospital, como responsable del riesgo.

Tres meses.

Habían pasado catorce.

En el hospital la cortesía se agotó pronto. Primero llegaron notas breves, luego llamadas del director, después silencios administrativos más duros que una amenaza. Lorenzo respondía con informes cada vez más largos, como si la precisión pudiera ocultar que estaba demorando una decisión.

No era solo ambición clínica. Lorenzo había entrado en la medicina con una fe casi geométrica: si se nombraba bien una dolencia, algo del dolor obedecía. Don Federico fue el primer paciente que le demostró que un nombre podía curar menos que una ficción bien sostenida.

Al principio, Lorenzo tomaba notas con disciplina.

Medía el pulso, registraba los cambios de humor, anotaba las variaciones del sueño, clasificaba los episodios según su intensidad. Le interesaba el caso de don Federico de la Torre con entusiasmo vergonzoso. Era un médico joven, cansado ya para admitirlo. Había visto delirios de persecución, de grandeza, de culpa, de amor, de enfermedad. Pero nunca uno como aquel.

Federico no había construido una mentira: había fundado un país.

En su mundo era rey, juez, poeta, general retirado, dueño de viñedos, descendiente de linajes contradictorios y padre de un hijo llamado Nestoncio, nacido de una princesa que cambiaba de

apellido según la humedad. También era viudo de mujeres con las que nunca se casó, enemigo de países inexistentes y protector de una paz tan perfecta que no exigía salir del castillo.

La primera semana, Lorenzo intentó corregirlo.

—Esta casa no es suya, don Federico.

—Eso es lo que le conviene decir a mis enemigos.

—No hay enemigos.

—Peor todavía. Los enemigos invisibles son los que mejor trabajan.

La segunda semana, intentó orientarlo.

—Usted está en una casa prestada. Yo soy el doctor Abarca.

—No me diga. ¿Y quién le prestó la casa al rey?

La tercera semana, dejó de intentarlo.

O no exactamente. Se dijo que entraría en la lógica del paciente para comprenderla desde dentro. En el primer informe, la frase sonó científica: "Ingreso temporal al marco simbólico del sujeto con fines de reducción de resistencia y observación narrativa".

En la práctica, significó vestir una chaqueta oscura, responder "Alteza" y tratar el té como asunto de Estado.

Catorce meses después, el maletín médico de Lorenzo dormía bajo la cama con una capa de polvo en los cierres, como un animal domesticado por el olvido. En cambio, la bandeja de plata del té relucía cada mañana. Aquel brillo, más que cualquier informe, demostraba qué parte del experimento había ganado.

El experimento funcionó.

Don Federico se calmó. Comió mejor. Durmió mejor.

Sus accesos de ira disminuyeron. Hablaba con Lorenzo durante horas. A veces le permitía tomarle el pulso sin acusarlo de espionaje. Eduardo celebró los avances al comienzo, aunque después empezó a mirar a Lorenzo con preocupación.

—Esto te va a tragar —le dijo Eduardo una noche, en la cocina.

—¿Quién?

—La casa. El viejo. El papel. Todo esto.

—Distingo una intervención terapéutica de mi vida.

Eduardo se rió.

—Eso dicen siempre los que ya no distinguen nada.

Lorenzo no respondió. Sabía que Eduardo exageraba, pero algunos hábitos se le habían pegado. A veces decía “mi señor” aun cuando Federico no estaba presente. A veces, si escuchaba una campana, pensaba en la cocina antes de pensar en una iglesia. A veces soñaba que olvidaba su propio nombre y despertaba con alivio al recordar que era Lorenzo.

Aunque últimamente ese alivio duraba poco.

Aquella tarde, después de enviar a una criada con la nota para Eduardo, Lorenzo subió de nuevo a la habitación con vino. Encontró a don Federico dormido. La mano derecha le colgaba fuera del catre, los dedos apenas curvados. La boca entreabierta dejaba salir un hilo de respiración áspera.

Lorenzo dejó la copa sobre la mesa de noche y se acercó con cuidado.

El rostro de Federico había adelgazado en las últimas semanas. La piel era papel húmedo. Las venas de las sienes, azules y finas, palpitaban con obstinación injusta. Le tomó la muñeca. Contó. Esperó. Volvió a contar.

Luego sacó la libreta negra.

“Pulso irregular. Cansancio visible. Momentos de lucidez encubierta posibles. Solicitud repetida de Eduardo. Nestoncio vuelve como núcleo”.

Antes de guardar la libreta, oyó un murmullo.

—No se pierde.

Lorenzo levantó la mirada. Federico seguía dormido.

—¿Qué cosa, Alteza?

—Nada se pierde —dijo el viejo, muy bajo—. Solo vuelve con otro nombre.

Lorenzo esperó otra frase, pero no llegó.

El médico se quedó de pie junto al catre. Podía sentir el calor de la habitación, el olor débil del vino, la madera vieja, la tarde encerrada. Había escuchado muchas frases de Federico en sueños. Al principio las copió por interés médico; después, algunas terminaron en sus poemas con un cambio mínimo.

Nunca supo si aquello era robo, homenaje o contagio.

Una vez, un lector anónimo escribió al periódico para felicitarlo por un verso sobre la respiración. Lorenzo guardó el recorte tres días en el bolsillo de la bata. Al cuarto lo rompió en cuatro pedazos y los tiró en basureros distintos, como si así pudiera repartir la culpa.

De pronto, don Federico abrió los ojos.

—Lorenzo.

—Aquí estoy.

—¿Usted cree que un pensamiento sigue siendo mío si se me olvida?

Lorenzo no contestó enseguida.

—Depende de dónde vaya.

Federico lo miró y pareció completamente despierto.

—Exacto —dijo.

Luego cerró los ojos otra vez.

III

Eduardo Fernández llegó a las ocho en punto. Don Federico lo habría tomado por una ofensa menor de haber estado despierto.

Lorenzo abrió la puerta principal y encontró a su amigo sacudiéndose el polvo de los zapatos en la entrada.

—Qué milagro —dijo Eduardo—. Todavía no se cae este mausoleo.

—Buenas noches a usted también.

—Perdón. Buenas noches. ¿Está vivo?

—Sí.

—¿Tú o él?

—Los dos, por ahora.

Eduardo entró con una sonrisa cansada. Era un hombre de mediana edad, ancho de hombros, con bigote bien recortado y una mirada burlona incluso en la preocupación. Vestía como abogado sin serlo: saco claro, corbata floja. La casa era de su familia, pero caminaba por ella como quien entra a un hotel donde fue feliz y olvidó la razón. De niño había corrido por esos pasillos hasta aprender qué puertas no convenía abrir; de adulto, prefería bromear antes que reconocer que algunas seguían cerradas.

—Recibí tu nota —dijo—. Me gustó lo de "motivo de especial urgencia". Sobrio. Apenas parece una invitación a escuchar a un anciano hablar de un país inventado.

—Hoy está distinto.

Eduardo dejó de sonreír.

—Siempre dices eso.

—Hoy lo digo en serio.

—También eso.

Lorenzo cerró la puerta. El sonido recorrió el vestíbulo como si hubiera cerrado algo más grande que una entrada.

—Pidió verte para hablar de Nestoncio.

Eduardo soltó un suspiro.

—El príncipe ausente.

—Y de una idea brillante.

—Las ideas brillantes de don Federico suelen necesitar vino, testigos y, de ser posible, un culpable.

—Esta vez pidió siete personas.

—¿Para qué?

Lorenzo no sonrió.

—No lo sé.

Eduardo lo observó mejor.

—Entonces es grave.

Subieron juntos. Al llegar a la habitación, encontraron a don Federico dormido con la copa de vino intacta junto a la cama. Lorenzo se acercó y le tocó el hombro.

—Mi señor.

El viejo abrió los ojos con un sobresalto.

—Por los dioses del sueño, Lorenzo, ¿cómo se le ocurre despertarme a estas horas? Más le vale que el reino esté ardiendo.

—Ha llegado Eduardo.

Don Federico giró la cabeza hacia la puerta. Eduardo hizo una reverencia exagerada.

—Alteza.

—¿Y ahora qué querrá este hombre? —murmuró Federico—. Seguro viene a pedirme dinero.

—Usted me mandó a llamar —dijo Eduardo.

Federico entrecerró los ojos.

—Eso diría un deudor astuto.

—También diría que estoy feliz de verlo.

—Eso ya sería abuso.

Lorenzo ayudó a Federico a incorporarse. El viejo rechazó la copa de vino con un gesto digno.

—No voy a beber delante de un hombre que me debe dos relojes.

—Le gané esos relojes jugando cartas.

—El juego es una forma elegante del robo.

—Y usted perdió con bastante elegancia.

Federico lo miró como si decidiera si aquella insolencia merecía muerte pública o solo desprecio privado. Al final eligió lo segundo.

—Lorenzo, tráigame mi chaqueta. No recibiré visitas como un enfermo.

La palabra quedó suspendida. Lorenzo se movió hacia el armario.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—No hace falta. La gente mira. Las miradas también tienen lengua.

Eduardo fingió observar un cuadro.

—Yo miro poco, Alteza.

—Por eso entiende menos.

Se trasladaron a la sala principal. Federico caminó lento, apoyado en Lorenzo; cada pocos pasos soltaba

el brazo para demostrar que no lo necesitaba. En la sala había una mesa baja, tres sillones, una lámpara amarilla y un reloj de péndulo intermitente. Las cortinas pesadas convertían la noche de afuera en una sospecha.

Lorenzo sirvió té. Federico lo rechazó, pidió vino, luego pidió té de nuevo y finalmente acusó a Lorenzo de haberlo confundido a propósito.

—Usted está perdiendo la memoria —le dijo.

—Es posible —respondió Lorenzo.

Federico se volvió hacia Eduardo.

—¿Ve? Ya ni se defiende. Grave síntoma.

Eduardo bebió té para ocultar la risa.

—Tal vez se le contagió de alguien.

—Eso mismo temo —dijo Federico, muy serio—. La memoria es moho: empieza en una pared y termina en la ropa.

Por un momento nadie habló.

Eduardo bajó la taza. Lorenzo miró la ventana cerrada.

Federico carraspeó.

—Bueno. Vine a decirles…

—Estamos en su casa, Alteza —dijo Eduardo—. Nosotros vinimos.

—No me interrumpa. Vine a decirles, aunque no me haya movido de mi reino, que voy a ceder el puesto.

Lorenzo dejó la taza sobre la mesa con cuidado.

—¿Qué puesto?

Federico se ofendió.

—El único que vale la pena ceder: el mío.

Eduardo miró a Lorenzo.

—¿El reino?

—El reino, la corona, los problemas, los ingratos, las ventanas mal cerradas y este mayordomo que no trae nada cuando se le pide.

—¿Y a quién piensa entregarlo? —preguntó Lorenzo.

Federico se quedó callado. Miró el reloj. Luego miró la puerta. Luego sus manos.

—A Nestoncio.

El nombre oscureció la lámpara.

—Pero antes debe venir —añadió—. Y no vendrá solo. Necesito siete testigos.

—¿Testigos de qué? —preguntó Eduardo.

Federico sonrió con cansancio.

—De que he vivido.

Eduardo miró su taza. Lorenzo no encontró qué decir.

IV

Eduardo pidió permiso para fumar. Federico se lo negó, se lo concedió bajo la condición de fumar sin humo y luego olvidó el asunto.

La noche avanzó entre tazas tibias y frases que se desviaban antes del destino. Federico habló de campañas militares imposibles, de una princesa llamada Catalina del Valle Negro, de una batalla contra hombres sin rodillas y de un caballo que aprendió a contar hasta nueve antes de morir por la patria. Eduardo lo escuchaba con placer visible. Lorenzo, en cambio, oía algo debajo.

Don Federico volvía una y otra vez a los testigos, pero ya no como quien nombra una ceremonia perfecta, sino como quien revisa una despensa antes de una visita imposible.

—Un sacerdote —decía—. No por Dios, que ese ya viene en todo, sino por la costumbre.

—A estas horas solo conseguiremos uno con sueño —dijo Eduardo.

—Mejor. La fe despierta del todo suele ponerse administrativa.

Después pidió un niño.

—¿Para qué quiere un niño aquí? —preguntó Lorenzo.

—Para que mire sin haber aprendido todavía a defenderse de lo que mira.

Eduardo levantó la taza.

—Eso suena peligroso, Alteza.

—Todo lo honrado lo es.

—Luego necesito un comerciante, un viejo, un soldado, una mujer que hubiera perdido algo, un hombre que supiera reparar relojes y, por alguna razón, un panadero con buena letra.

—Va a necesitar una plaza pública, no una sala —dijo Eduardo.

Federico lo ignoró y pidió papel. Lorenzo trajo una hoja. El viejo escribió tres palabras, tachó dos y se quedó mirando la tinta como si la tinta tuviera la culpa.

—No es una lista —dijo al fin—. O sí. Pero una lista mala. Las listas siempre fingen que el mundo cabe en renglones.

—Entonces no pidamos siete —dijo Lorenzo, cansado.

—No sea miserable. Siete es un número con buena ropa. Lo que falta es decidir qué va vestido de siete.

Poco después olvidaba el orden y volvía a empezar desde otro sitio. Pedía un agricultor, un

ciego, una madre, un deudor, un enfermo que no quisiera curarse, un poeta honrado; luego aclaraba que eso último era una broma de mal gusto.

—Para poetas ya lo tengo a usted —dijo Eduardo, señalando a Lorenzo.

Federico se enderezó.

—¿A Lorenzo? Lorenzo escribe lo que yo sueño.

Lorenzo cerró los ojos un instante.

—Otra vez con eso, Alteza.

—No diga "otra vez" como si la verdad se desgastara por repetirse. Usted me escucha dormido, me roba versos y los manda al periódico.

Eduardo se acomodó en el sillón.

—Eso sí me interesa. ¿Qué versos?

—Los míos.

—Los de Lorenzo.

—Los que Lorenzo firma, que no es lo mismo.

Lorenzo sintió calor en la nuca. No era vergüenza. Era algo peor: una culpa vieja aprendiendo a parecer ternura. Durante meses había escuchado a don Federico hablar entre sueños.

Al principio copiaba sus frases por interés médico.

Luego por belleza. Después por necesidad. Algunas terminaban en poemas que firmaba con iniciales, publicados en una columna pequeña del periódico local. Nunca usó una frase completa sin modificarla.

Se repetía eso cuando la duda lo visitaba. Pero la duda era terca.

—Diga uno —pidió Eduardo.

—¿Uno qué?

—Un verso robado.

Federico miró a Lorenzo con triunfo.

—Lorenzo, recite el de respirar.

—No creo que sea necesario.

—Claro que es necesario. Un acusado debe mostrar el arma.

Eduardo sonrió.

—Ahora yo también quiero oírlo.

Lorenzo tomó aire. Lo dijo sin énfasis, como quien prefiere que una frase no sea demasiado bella.

—Hasta respirar puede no practicarse, si se desconoce que con ello florece nuestra vida.

Eduardo abrió apenas la boca. Federico cerró los ojos, complacido.

—Esa frase es tan mía que me dan ganas de perdonarlo.

—No es suya —dijo Lorenzo, aunque sin fuerza.

Federico abrió un ojo.

—Tampoco suya.

La lámpara zumbó. El reloj insinuó una campanada y se arrepintió. Afuera, un perro ladró una sola vez.

—¿De quién sería entonces? —preguntó Eduardo, más bajo.

Federico se quedó mirando el centro de la mesa.

Había migas, una cucharilla, una mancha de vino seca y una libreta azul que Lorenzo no recordaba haber dejado allí.

—De quien la necesite —dijo el viejo.

Lorenzo miró la libreta.

—¿De dónde sacó eso?

—¿El qué?

—La libreta.

Federico la tomó.

—Esto siempre ha estado aquí.

No era cierto. Lorenzo había guardado esa libreta en un cajón de la habitación de Federico hacía meses.

Era vieja, azul, polvorienta, con hojas amarillentas y muchas páginas en blanco. La había encontrado al inicio del estudio, antes de que el delirio se volviera reino. Contenía notas antiguas de Federico, escritas con una letra que pasaba de firme a temblorosa según la fecha.

Federico la abrió sin dificultad en una página marcada con una cinta negra.

—Escuchen esto —dijo—. "El tiempo no pasa. Nos pasa".

Lorenzo miró la luz amarilla de la lámpara extendida sobre la mesa. Por un instante le pareció que la frase no había sido dicha, sino encendida, y que todos debían quedarse quietos para no apagarla.

Eduardo miró a Lorenzo.

—Eso también se lo robaste.

—No lo había leído.

Federico siguió.

—"La memoria no guarda lo vivido. Lo vuelve útil".

Federico dejó que la página respirara abierta. Afuera, el perro volvió a ladrar, ahora más lejos, como si también necesitara contestar desde otra habitación del mundo.

Pasó una página.

—“La muerte es un mensajero con mala fama”.

Lorenzo se levantó.

—Mi señor, debería descansar.

—Todavía no.

—Está cansado.

—Estoy viejo, que es distinto. El cansancio se quita. La vejez insiste.

Federico cerró la libreta y la sostuvo contra el pecho.

—Mañana al mediodía vendrá Nestoncio.

—No hemos podido localizarlo —dijo Lorenzo.

Federico sonrió.

—Claro que no. Usted no sabe buscar lo que no cree.

Eduardo se puso serio.

—Alteza, ¿y si Nestoncio no viene?

—Entonces vendrá otro.

Lorenzo sintió que esa frase no pertenecía al delirio.

—¿Qué quiere de él? —preguntó.

Federico apretó la libreta.

—Que me ayude a morir sin desperdicio.

V

Lorenzo escribió la primera carta de Nestoncio una tarde de lluvia.

Don Federico llevaba tres días sin comer bien. Se negaba a tomar agua, acusaba a la cocina de conspiración extranjera y repetía que su hijo lo había abandonado. Lorenzo intentó explicarle, con la prudencia inútil de quien cierra una puerta durante un incendio, que no existía ningún hijo. Federico lo miró con una tristeza tan limpia que el médico sintió vergüenza de haber dicho la verdad.

—Entonces he inventado la única cosa que me esperaba —dijo el viejo.

Esa noche, Lorenzo escribió una carta breve.

“Padre: he recibido sus últimas noticias con alegría.

Me encuentro bien de salud, aunque los caminos siguen difíciles. No dude de mi respeto ni de mi memoria. Cuando el tiempo y mis obligaciones lo permitan, iré a verlo. Su hijo, Nestoncio”.

No supo por qué eligió esa palabra: memoria.

Federico leyó la carta a la mañana siguiente. Primero con sospecha. Después con avidez. Al terminar, se limpió los ojos fingiendo que tenía polvo.

—Escribe como la madre —dijo.

—¿La princesa Catalina?

—No sea irrespetuoso. La princesa escribía peor.

Después, Federico se quedó mirando hacia la puerta de la cocina, donde acababa de pasar una criada con un ramo de albahaca. La humedad levantó de las hojas un olor verde, casi dulce, y el viejo perdió la dureza de la cara.

—Catalina —dijo, con una voz que no parecía llamar a nadie presente.

La criada se detuvo, confundida. Lorenzo levantó una mano para que siguiera su camino. Federico parpadeó, regresó a la mesa y fingió acomodarse la manta.

—La princesa odiaba la albahaca —murmuró—. Por eso la casa insiste en oler a ella.

Lorenzo no supo si Catalina había sido una esposa, una pérdida o una habitación clausurada dentro de la memoria. Lo anotó más tarde con una pregunta: “Catalina: ¿delirio dinástico o nombre verdadero del duelo?”.

Desde entonces, las cartas llegaron cada dos o tres semanas. Algunas hablaban de viajes, otras de estudios, otras de una dolencia leve que justificaba la ausencia. Lorenzo cuidaba el tono. Nestoncio debía

sonar obediente, pero no demasiado. Afectuoso, pero torpe. Un hijo perfecto habría sido menos creíble.

Con el tiempo, Federico respondió. Dictaba cartas largas que Lorenzo fingía enviar. En ellas hablaba del reino, de sus preocupaciones, de sus enemigos, de la importancia de no confiar en hombres con sombrero pequeño. Entre disparates aparecían consejos exactos.

"Si alguna vez hereda algo, procure no creerse dueño.

Uno no posee lo que cuida. Apenas lo sostiene mientras otro aprende a sostenerlo".

Lorenzo guardaba esas cartas. No en el archivo clínico.

En una caja de zapatos, bajo la cama.

A las diez de la noche, después de que Federico se quedara dormido en la sala con la libreta azul contra el pecho, Lorenzo llevó a Eduardo a la cocina. Había café recalentado. Eduardo lo bebió sin quejarse; en él, eso equivalía a una alarma.

—Hay que traer a alguien —dijo.

—No.

—Sí.

—No voy a meter a un actor en esto.

—Lorenzo, ya inventaste un hijo por correspondencia. No te vuelvas escrupuloso ahora.

Lorenzo apoyó las manos en la mesa.

—Una carta se controla. Una persona no.

—Precisamente. Tal vez eso le haga bien.

—O lo mate.

—Está muriendo de todos modos.

Eduardo sostuvo la taza con ambas manos. No se disculpó.

Lorenzo miró hacia la puerta de la cocina. Desde allí no se veía la sala, pero le pareció escuchar la respiración de Federico atravesando la casa.

—No quiero que su última experiencia sea una mentira más grande.

Eduardo dejó la taza.

—¿Y qué quieres? ¿Sentarlo mañana y decirle que no hay reino, no hay hijo, no hay princesa, no hay cartas, no hay nada? ¿Que todo ha sido un tratamiento demasiado largo, en una casa prestada, con un médico disfrazado de sirviente?

Lorenzo no respondió.

—Eso sí sería una mentira grande —añadió Eduardo—. Porque ya no es cierto.

—¿Qué cosa?

—Que no hay nada.

Eduardo bajó la mirada hacia el café. Por primera vez esa noche no pareció estar buscando una broma, sino un sitio donde dejar las manos.

—Además, esta casa estaba muerta antes de ustedes —dijo—. No en ruinas. Muerta, que es peor. Mi madre cerró la mitad de las habitaciones cuando murió mi padre; mi hermano dejó de venir porque decía que los cuadros respiraban resentimiento; yo solo pasaba a revisar goteras y a odiar las paredes con puntualidad de propietario.

Lorenzo lo miró. Eduardo se encogió de hombros, avergonzado de haber hablado tanto.

—Luego llegó este viejo, inventó fronteras en el patio y enemigos en el comedor, y por primera vez la casa hizo ruido sin que fuera una queja. Afuera soy un abogado mediocre. Aquí, al menos, soy el acreedor del rey.

Intentó sonreír. No le salió del todo.

Eduardo se levantó y empezó a caminar por la cocina para poder pensar.

—Conozco a un muchacho. Trabaja en el teatro parroquial. Bueno, "trabaja" es decir mucho. Ayuda, carga cosas, a veces actúa. Se llama Tomás. Tiene unos veinte años. Buen rostro. Cara de quien aún no decide si la vida le debe algo.

—No.

—Podría venir mañana.

—Dije que no.

—Podría ser Nestoncio por una hora.

—Eso no existe. Nadie es hijo por una hora.

Eduardo lo miró con cansancio.

—Tú llevas catorce meses de mayordomo.

Lorenzo bajó la vista.

La frase dio en el nervio.

En ese momento se oyó un golpe en la sala. Ambos salieron corriendo. Encontraron a Federico de pie junto al sillón. La libreta azul estaba en el suelo. El viejo no había caído, sino que se había levantado de golpe.

—Mi señor.

Federico los miró sin sorpresa.

—Estaban decidiendo si traerme un hijo falso.
Eduardo se quedó inmóvil.

Lorenzo sintió que la casa se había inclinado.

—No, Alteza. Nosotros…

—No me insulte con frases pequeñas.

Federico respiró mal. Se agachó para recoger la libreta, pero Lorenzo se adelantó. El viejo se la arrebató con fuerza inesperada.

—Tráiganlo.

—¿A quién? —preguntó Eduardo, aunque ya sabía.

—Al que pueda venir.

Lorenzo dio un paso hacia él.

—¿Sabe que no será Nestoncio?

Federico sonrió. Era una sonrisa triste, pero no débil.

—Doctor, a mi edad nadie es quien dice ser.

La palabra "doctor" cruzó la sala y se escondió como un animal.

Eduardo también la oyó. No dijo nada. Federico se volvió hacia el reloj.

—Que venga al mediodía. Antes no. Los hijos deben llegar tarde, pero no tanto.

Después caminó hacia el pasillo.

—Voy a dormir. Mañana tendré trabajo.

—¿Qué trabajo? —preguntó Lorenzo.

Federico se detuvo sin girarse.

—Morir en orden.

VI

Lorenzo no durmió.

A las once y media, Eduardo se marchó con la promesa de volver al mediodía acompañado de Tomás, si encontraba al muchacho, si aceptaba, si la mentira cruzaba la puerta sin romperse. En la despedida, Eduardo intentó bromear.

—Si heredo el reino, te nombro ministro de ventanas.

Lorenzo no tuvo fuerza para seguirle el juego.

—Vuelve.

—Volveré.

—Aunque no consigas al muchacho.

—Volveré.

La puerta principal se cerró. La casa quedó en una quietud excesiva.

Lorenzo subió a revisar a Federico. Lo encontró despierto, sentado en la cama, con la libreta azul abierta sobre las piernas. La lámpara de aceite arrojaba una luz baja que profundizaba sus arrugas.

—Debería descansar.

—Descanso hacia adentro.

—Eso no existe.

—Usted no sabe descansar, por eso no reconoce las variedades.

Lorenzo se sentó en la silla junto al catre.

—¿Qué escribe?

Federico bajó la mirada a la página, como si la sorprendiera allí.

—Una tontería ordenada. No me mire así; a veces es lo único que separa un reino de una mudanza.

—¿Los siete?

—Los siete, sí. Pero no los haga entrar todavía. Esta casa no tiene tantas sillas decentes.

Lorenzo miró alrededor. Había una silla junto al catre, un taburete cojo, la cómoda, la palangana, la campanilla, dos libros cerrados y una bota solitaria bajo la cama. Federico siguió su mirada y se molestó.

—No empiece a contar muebles, doctor. Usted siempre arruina lo invisible buscando dónde sentarlo.

—Usted pidió testigos.

—Pedí demasiado pronto. Eso me pasa por pensar con fiebre.

Federico mojó la pluma, escribió una palabra y la sopló con impaciencia. La tinta se corrió un poco. Pareció un insecto aplastado.

—Al principio pensé que necesitaba un sacerdote, un niño, un anciano, un comerciante, un soldado, un poeta y un hombre cualquiera. Después pensé que faltaba una mujer. Luego que sobraba el soldado. Más tarde me dije que un niño no debería venir a ver morir a nadie, salvo que ya hubiera aprendido la muerte en otra parte.

—Eso sigue siendo una lista.

—Por eso me irrita.

Lorenzo acercó la lámpara. Federico había escrito, con letra desigual: fe, infancia, cuenta, memoria, pérdida, miedo, hambre.

—Ahora sí son siete —dijo Lorenzo.

Federico contó con los dedos, se equivocó, volvió a contar y terminó mirando el pulgar con sospecha.

—No confíe tan rápido. Siete se desordena cuando uno lo mira.

—Estoy mirando una hoja.

—Peor.

Lorenzo tomó la hoja, no para corregirla, sino para verla mejor. Al lado de “pérdida”, Federico había escrito una C mayúscula y luego la había tachado tantas veces que el papel casi se abría.

—¿Catalina? —preguntó.

El viejo tardó en contestar.

—No pronuncie los nombres tachados. Se vuelven exigentes.

—Entonces deje la silla vacía.

Federico lo miró con una mezcla de fastidio y gratitud.

—Ve. Por eso lo tolero. A veces sirve.

—Me halaga con moderación.

—No abuse.

Federico dobló la hoja y la metió dentro de la libreta azul.

—No tienen por qué ser siete cuerpos —dijo, ya menos seguro, más humano—. A veces una persona trae dos testigos encima. A veces una casa trae uno. A veces un muerto llega primero que todos y ocupa la mejor silla.

—¿Y Nestoncio cuál sería?

Federico cerró la libreta.

—El pretexto.

Lorenzo esperó.

El viejo se corrigió con una pequeña mueca.

—No. La pregunta. Déjelo en pregunta; suena menos feo.

La casa crujió en alguna parte.

—¿Y yo? —preguntó Lorenzo.

Federico volvió a la libreta.

—Usted es el testigo que se equivocó de distancia.

Lorenzo apretó los dedos contra el borde de la silla.

—No entiendo.

—Claro que entiende. Por eso está cansado.

Lorenzo apoyó la espalda en la silla. Había una palangana sobre la cómoda, un vaso con agua, una toalla doblada, dos libros que Federico no podía leer sin lentes y una campanilla que usaba menos para llamar que para recordar que podía hacerlo.

—¿Está consciente de lo que hemos hecho? —preguntó Lorenzo.

Federico dejó de escribir.

—Esa pregunta tiene demasiadas ventanas.

—Contésteme una.

El viejo cerró la libreta.

—Sé que usted no es mayordomo.

Lorenzo cerró la mano sobre el respaldo de la silla.

—¿Desde cuándo?

—A ratos, desde el primer día.

—No es cierto.

—Entonces desde el segundo. O desde el mes pasado. También hubo semanas en que lo olvidé por completo. No me pida exactitud en una casa como esta.

Lorenzo se levantó.

—¿Por qué no dijo nada?

Federico se encogió de hombros.

—Usted parecía necesitarlo.

—¿Yo?

—Sí. Llegó con sus cuadernos, sus preguntas, sus palabras limpias. Me miraba como se mira una lámpara rota: con deseo de entender el fallo. Entonces pensé: pobre muchacho, necesita un reino.

—Esto no fue para mí.

—Nada es para uno solo.

Lorenzo caminó hasta la ventana. La abrió a medias.

Entró la noche, con olor a tierra mojada, aunque no había llovido.

—Yo intentaba ayudarlo.

—Y lo hizo.

—Le mentí.

—También.

—Le escribí cartas de un hijo que no existe.

Federico tardó en responder.

—Eso fue lo más amable —dijo—. También fue una mentira. No se salve tan rápido.

Lorenzo se volvió.

El viejo no parecía ofendido. No parecía herido.

Parecía, más bien, cansado de sostener en secreto la comprensión de todos.

—¿Nestoncio no existe para usted?

—Existe de la manera en que existen las cosas que necesitamos para decir otra cosa.

—Eso no es existir.

—Usted es médico, Lorenzo. No entre en la ontología con tanta seguridad. La mitad de lo que cura tampoco se ve.

Lorenzo quiso discutir. Quiso reclamarle haberlo dejado actuar una farsa durante catorce meses. Quiso preguntarle si todo había sido una burla, si las rabias, las confusiones, las cartas, los insultos, el té, las ventanas, el reino entero habían sido teatro. Pero apenas pudo decir:

—¿Está enfermo?

Federico sonrió con ternura.

—Muchísimo.

—¿Y lúcido?

—A ratos.

—¿Cuáles ratos?

—Los peores.

Lorenzo volvió a sentarse. La ira se le fue sin permiso.

—Entonces mañana…

—Mañana no me contradiga demasiado.

—No puedo permitir que se haga daño.

—No pienso hacerme daño. Ya el cuerpo se encarga de eso.

Federico abrió la libreta otra vez y arrancó una hoja.

Se la entregó.

Lorenzo la tomó. En el centro, con letra temblorosa, había una sola frase: “Morir es cambiar de lector”.

—Guárdela —dijo Federico.

—¿Para qué?

—Para cuando crea que esto fue inútil.

Lorenzo dobló la hoja y la guardó en el bolsillo.

—¿Quiere que llame a un sacerdote?

—No.

—¿A otro médico?

—Menos.

—¿A alguien de su familia?

Federico lo miró con una claridad que volvió pequeña la habitación.

—Ya está aquí.

Lorenzo bajó la cabeza.

No lloró.

Pero dejó de sentirse disfrazado.

VII

Al amanecer, la mansión había cambiado de dueño.

No porque algo estuviera distinto, sino porque Lorenzo la miraba de otra manera. El vestíbulo, los pasillos, la escalera, los cuadros ajenos, la sala de los decretos, la biblioteca vacía y la cocina seguían allí. Pero ahora la casa ya no era escenario de una mentira, sino cuerpo de una experiencia excesiva para un diagnóstico.

Lorenzo bajó a la cocina a las seis. Preparó café y no té. Bebió una taza de pie, junto a la ventana, frente al patio interior. Había un árbol de guayaba en el centro. Federico lo llamaba "el árbol de la frontera", porque según él allí terminaba el reino y comenzaba la barbarie. Una vez, durante una mañana de fiebre, había ordenado colgar de sus ramas las llaves de la ciudad. Lorenzo, para calmarlo, colgó un llavero viejo con trece llaves inútiles. Las llaves seguían allí, oxidadas, moviéndose apenas con el viento.

A las siete revisó a Federico. Dormía. La respiración era lenta. Demasiado lenta, pensó, y enseguida se odió por medir la muerte como quien cuenta monedas.

A las ocho, una criada le informó que un hombre esperaba en la entrada. Lorenzo bajó creyendo que

era Eduardo, pero encontró a un sacerdote pequeño, de sotana gastada y ojos vivaces.

—Buenos días —dijo el sacerdote—. Me han llamado para atender a un moribundo o a un rey. La señora no supo explicarme bien.

Lorenzo miró a la criada, que se santiguó con discreción preventiva.

—No lo llamé yo.

—Entonces me llamó otro. De cualquier modo, ya estoy aquí.

El sacerdote se llamaba padre Elías. Tenía manos de jardinero y voz sin solemnidad. Lorenzo lo llevó a la sala, no sin advertirle antes que don Federico era un paciente delicado.

—Todos lo somos —respondió el padre.

—Él cree que es rey.

—Hay quienes creen cosas peores con menos imaginación.

Federico despertó poco después y pidió bajar.

Lorenzo intentó negarse. Federico lo acusó de conspirar contra la circulación de sus piernas y ganó la discusión por cansancio. Lo vistieron con camisa blanca, chaleco oscuro y una manta sobre los hombros. Al llegar a la sala, vio al sacerdote y frunció el ceño.

—¿Quién mandó a traer religión tan temprano?

El padre Elías se puso de pie.

—Tal vez la religión venía sola y se perdió.

Federico lo observó.

—Tiene cara de cobrar poco.

—Cobro poco y perdono caro.

Federico sonrió.

—Me agrada. Siéntese.

El sacerdote obedeció. Lorenzo sirvió café. Federico pidió té. Cuando le trajeron té, bebió café. Nadie lo corrigió.

—Padre —dijo Federico—, ¿usted cree en Dios?

El padre Elías tomó la taza.

—Sería inconveniente decir que no.

—No le pregunté por su empleo.

—Entonces sí, creo. Pero no siempre lo entiendo.

—Eso es porque insiste en buscarlo arriba.

El sacerdote alzó las cejas.

—¿Y dónde debería buscarlo?

Federico señaló la mesa, la taza, sus manos, la ventana, a Lorenzo. Se detuvo a mitad del gesto, confundido por el recorrido de su propio dedo.

—Aquí. Y allí. No me pida un mapa, padre; ya bastante daño han hecho los mapas en esta casa.

El padre Elías no se rió de inmediato. A Lorenzo le agradó esa demora.

—¿Dios pregunta? —dijo.

Federico tomó la taza equivocada, la olió y la dejó de nuevo.

—A veces. Otras veces finge que no oyó, como todo el mundo.

—Eso es una teología muy doméstica.

—Es la única que cabe en una cocina.

El padre Elías bajó la mirada. Por primera vez pareció incómodo.

—A veces las preguntas sirven para esconder la obediencia —dijo—. No todo misterio es gracia.

Federico lo observó con interés, casi agradecido por la resistencia.

—Eso sí. También hay cobardía. Y terquedad. Y gente que pregunta solo para no levantarse de la silla.

La criada, que pasaba por la puerta, se detuvo un segundo. Lorenzo sintió que el aire de la sala

cambiaba, pero Federico lo arruinó buscando azúcar donde no había azúcar.

—Lorenzo, esto necesita algo.

—Es café, Alteza.

—Con razón está tan serio.

El padre Elías sonrió apenas.

Federico volvió a él, más cansado que inspirado.

—Si Dios lo supiera todo desde el principio, padre, el mundo sería una piedra. Pero no me haga repetirlo con solemnidad. Me da tos.

—¿Y la muerte? —dijo el sacerdote.

Federico se acomodó la manta. Esta vez no respondió de inmediato.

—No he llegado todavía.

—Está cerca.

—También la cocina y nadie la llama destino.

El sacerdote guardó silencio. Federico miró la taza, la empujó dos dedos y añadió, casi sin teatro:

—Cuando llegue, si puedo, le cuento.

El sacerdote dejó la taza sin beber. Federico parecía satisfecho. Lorenzo sintió miedo, no porque aquellas frases fueran delirantes, sino porque estaban demasiado cerca de la libreta azul.

—Alteza —dijo—, no se agote.

—No me agoto. Me resumo.

El padre Elías dejó la taza.

—¿Quiere confesarse?

Federico lo pensó.

—No todavía. Primero quiero acusarme sin intermediarios.

—Eso también sirve.

—He sido soberbio, mentiroso, ingrato, impaciente, mal poeta y peor padre.

—Eso último no me consta.

Federico sonrió.

—A mí tampoco.

Luego miró a Lorenzo.

—Anote eso.

Lorenzo no tenía la libreta negra en la mano.

—No hace falta.

—Todo hace falta hasta que sobra.

El padre Elías permaneció una hora. Antes de irse, Federico le pidió que bendijera la casa sin exagerar: no quería espantar todas las sombras.

En la puerta, el sacerdote le dijo a Lorenzo:

—No sé qué está pasando aquí.

—Yo tampoco.

—Pero no parece abandono.

El padre Elías puso una mano breve sobre el hombro de Lorenzo. No fue una bendición ni un consuelo completo; fue apenas el reconocimiento de un peso. Lo tocó como se toca a un hombre que ha estado cargando una camilla invisible.

Lorenzo agradeció esa frase más de lo previsto.

Cuando volvió a la sala, Federico dormía en el sillón. La libreta azul descansaba sobre sus piernas.

Lorenzo la abrió.

En una página, bajo varias líneas tachadas, leyó:

“Espacio = Conciencia. No habitamos una casa. La casa nos piensa mientras la pensamos”.

Miró alrededor.

La casa, prestada o no, callaba.

VIII

Eduardo llegó a las doce y trece minutos.

Don Federico, que había despertado apenas cinco minutos antes, miró el reloj de péndulo como si el atraso confirmara una teoría general sobre los hijos.

—Tarde, pero no tanto —dijo.

Lorenzo fue a abrir.

Eduardo estaba en la entrada con el sombrero en la mano y una expresión de malas noticias envueltas. A su lado había un muchacho delgado, de piel morena, cabello negro y ojos grandes. Vestía una camisa prestada, demasiado formal para él, y sostenía una gorra contra el pecho. Tenía las uñas manchadas de pintura seca, quizá de algún decorado parroquial.

No parecía un príncipe. Eso lo hacía creíble.

—Este es Tomás —dijo Eduardo en voz baja—. Hablé con él. Sabe lo mínimo.

—¿Lo mínimo qué es?

—Que debe escuchar más de lo que habla.

Tomás miró a Lorenzo.

—Don Eduardo me dijo que es una obra privada.

Lorenzo cerró los ojos un instante.

—Algo así.

—¿Y si me equivoco?

—Todos nos estamos equivocando.

El muchacho no supo si aquello era una instrucción.

Antes de llevarlo con Federico, Lorenzo lo apartó hacia el pequeño recibidor.

—No prometa nada. No invente de más. Si no sabe qué decir, diga que no recuerda. Y no lo toque a menos que él lo haga primero.

Tomás tragó saliva.

—¿Está muy enfermo?

—Sí.

—¿Se va a morir hoy?

Lorenzo iba a decir que no lo sabía, pero estaba cansado de respuestas limpias.

—Puede ser.

Tomás bajó la mirada.

—Mi abuelo murió sin reconocer a nadie.

Lorenzo no esperaba esa frase.

—¿Y usted lo reconocía a él?

—Sí.

—Entonces no murió solo.

Tomás asintió, aunque quizá no entendió.

En la sala, Federico estaba sentado en el sillón principal. Había pedido que pusieran la libreta azul sobre la mesa, una copa de agua a la derecha y el viejo llavero de trece llaves a la izquierda. Lorenzo no sabía cuándo había mandado a bajarlo del árbol. Las llaves oxidadas manchaban apenas la madera.

Eduardo entró primero.

—Alteza.

—Trece minutos tarde.

—La emoción me hizo lento.

—La culpa le queda mejor.

Después entró Tomás.

La sala se redujo.

Federico lo miró con una intensidad que hizo que el muchacho olvidara la reverencia que Eduardo le había enseñado en el camino. Se quedó de pie, torpe, con la gorra apretada contra el pecho.

—Así que usted es —dijo Federico.

Tomás miró a Lorenzo.

—Eso creo.

Federico soltó una risa breve.

—Buena respuesta. Acérquese.

Tomás avanzó tres pasos.

—Más. No soy un cuadro.

El muchacho llegó hasta la mesa.

Federico alzó la mano. Tomás dudó y luego se inclinó. El viejo le tocó la cara con dos dedos, apenas, como quien confirma la temperatura de una taza.

—No se parece a mí.

Tomás no supo qué decir.

—Mejor para usted —añadió Federico.

Eduardo miró al suelo para no reír. Lorenzo no podía moverse.

—Siéntese —ordenó Federico.

Tomás se sentó en el borde de la silla. Federico tomó el llavero y lo puso frente a él.

—Estas son las llaves del reino.

Tomás las miró. Eran trece llaves viejas, ninguna igual a otra, atadas con un aro deformado.

—Gracias —dijo.

—No las agradezca. Las herencias se miran primero con sospecha.

Tomás asintió.

—¿Sabe qué abren? —preguntó Federico.

—No.

—Yo tampoco. Esa es la primera lección.

Lorenzo miró las llaves; ya no parecían utilería. Federico tomó la libreta azul.

—También está esto. Aquí he escrito algunas cosas. Pocas. Las suficientes para que parezcan muchas. Usted no debe creerlas.

—¿No?

—No. Creer es la forma más perezosa de entender. Debe vivirlas, contradecirlas o tirarlas al fuego. Las tres opciones sirven.

Tomás miró a Lorenzo otra vez. Esta vez Lorenzo no lo ayudó.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó el muchacho.

Federico cerró la libreta.

—Eso quería saber yo.

Federico respiraba con dificultad. Su pecho subía poco y bajaba mucho. Lorenzo dio un paso, pero Federico levantó la mano para detenerlo.

—Nestoncio —dijo.

Tomás se tensó.

—Sí.

—No herede mi reino.

Eduardo parpadeó.

—Alteza…

—Cállese, Eduardo. Llevo años esperándolo para decirle que no haga lo que le pido.

Tomás apretó la gorra.

—No entiendo.

—Entonces va bien. Los reinos enferman a quienes los creen propios. Tome mejor una semilla.

Federico buscó en el bolsillo del chaleco. Sacó una pepita seca, pequeña, oscura. Podía ser de guayaba, de naranja o de cualquier fruta comida sin importancia.

—No sé de qué es —dijo—. La guardé por si un día hacía falta algo que pareciera futuro.

Tomás la recibió en la palma.

—¿Quiere que la siembre?

—Quiero que no la explique.

Lorenzo bajó la mirada antes de que se le notaran los ojos. Federico se reclinó en el sillón.

—Ahora váyase.

Tomás levantó la mirada.

—¿Ya?

—Los hijos deben irse antes de volverse testigos incómodos.

—Pero don Eduardo me dijo…

—Don Eduardo habla mucho porque le teme al silencio. Váyase al patio. Mire el árbol. Si la semilla le pesa, déjela allí.

Tomás se levantó lentamente. Antes de salir, hizo una reverencia torpe. Federico cerró los ojos, pero sonrió.

Cuando el muchacho cruzó la puerta, Federico susurró:

—Buen hijo.

Eduardo se pasó la mano por el rostro.

—Por Dios, don Federico.

—No meta a Dios en esto. Ya bastante tiene con estar en todo.

Lorenzo se acercó.

—Debe acostarse.

Federico abrió los ojos.

—Todavía falta una cosa: decir la verdad sin arruinarla.

IX

La verdad llegaba tarde y mal vestida.

Federico pidió quedarse solo con Lorenzo. Eduardo protestó por costumbre y salió al patio con Tomás. Desde la ventana se les veía junto al árbol de guayaba. Eduardo gesticulaba. Tomás miraba la semilla en su mano.

Ninguno sabía qué hacer con el otro.

En la sala, Federico hizo que Lorenzo se sentara frente a él.

—No como mayordomo —dijo.

Lorenzo se quitó la chaqueta oscura. La dejó sobre el respaldo de la silla. El gesto lo dejó expuesto.

—Doctor Abarca —dijo Federico.

—Don Federico.

—No me quite el título tan rápido. Me va a dar vértigo.

—Alteza.

—Mejor.

Lorenzo se inclinó hacia él.

—¿Cuánto de todo esto fue consciente?

Federico miró la libreta azul.

—No hay respuesta limpia. A veces yo era rey. A veces sabía que jugaba. A veces sabía que usted sabía que yo sabía, y el juego se volvía una habitación de espejos. Otras veces no sabía nada y era feliz con idiotez.

—¿Por qué seguir?

—Porque la realidad desnuda es una mala enfermera.

Lorenzo no quiso sonreír, pero sonrió.

—Pude haberlo llevado a un hospital.

—Pudo.

—Tal vez debí hacerlo.

—Tal vez.

—No me ayuda.

—No estoy para absolverlo, doctor. Bastante tengo con mis pecados.

Federico abrió la libreta en una página casi al final.

—Lea.

Lorenzo la tomó. La letra era irregular, reconocible.

“Hay una Conciencia, o quizá una sola casa con demasiadas ventanas. Cada vida mira un momento y cree que la vista le pertenece”.

Lorenzo pasó la página.

“Comprar aceite. No dejar que Eduardo toque los relojes. Preguntar si la albahaca vuelve porque alguien la siembra o porque insiste”.

Lorenzo alzó los ojos.

—¿Esto también es filosofía?

—Eso es supervivencia. No confunda.

Pasó otra página. La letra allí era más débil.

“Si olvido mi nombre, no se pierde todo. Algo cambia de manos”.

Lorenzo no siguió leyendo.

—¿Cuándo escribió esto?

—Antes de perderlo. Después de encontrarlo. No sé.

—Esto no es delirio.

—No sea ingenuo. Las mejores ideas tienen algo de fiebre.

Lorenzo cerró la libreta con cuidado.

—Usted estuvo cerca de una filosofía.

—Qué palabra pesada. Yo solo tuve miedo de morir como quien pierde una libreta en un tren.

—¿Por eso inventó el reino?

Federico negó apenas.

—El reino vino antes. O después. Ya le dije que el tiempo es mal archivista.

—Pero Nestoncio…

—Nestoncio era la pregunta más cómoda. Si tengo un hijo, algo de mí continúa. Si no lo tengo, debo encontrar otra manera.

—¿Y la encontró?

Federico miró hacia el patio. Tomás estaba agachado junto al árbol. Eduardo, a su lado, parecía darle instrucciones inútiles.

—La continuación no necesita sangre. Necesita atención.

La frase le salió demasiado redonda. Federico hizo una mueca, como si él mismo desconfiara de ella.

—Tache eso si parece epitafio —dijo.

—No estoy escribiendo.

—Mejor. A veces escriben las peores partes de uno.

—Entonces sabía que las cartas eran mías.

—Claro.

—¿Y las respuestas?

—También eran suyas.

—Usted las dictaba.

—Pero usted las guardaba.

Lorenzo recordó la caja de zapatos bajo su cama. Sintió una vergüenza tibia, infantil.

—No debía.

—Hizo bien.

—¿Por qué?

—Porque yo ya no puedo ser mi archivo. Alguien tenía que cargar lo que no cupiera en mí.

—Habla como si quisiera volverse dios —dijo Lorenzo.

Federico abrió un ojo, ofendido apenas por la falta de precisión.

—Los dioses no son inmortales porque no mueran, doctor. Son inmortales porque convencen a otros de recordar por ellos. Yo soy algo mucho más humilde: un dios cansado buscando quién le cuide la memoria antes de que se le caiga al suelo.

—Eso no suena humilde.

La respiración de Federico se quebró. Lorenzo se levantó, le tomó la muñeca y buscó el pulso. El viejo no lo rechazó.

—No me mire así —dijo Federico—. Todavía no me muero.

—Está agotado.

—Estoy llegando.

—¿A dónde?

Federico sonrió.

—A la parte donde usted deja de hacer preguntas médicas.

Lorenzo sostuvo la muñeca. Luego la soltó.

—Tengo miedo.

Federico cerró los ojos.

—Eso sí es una pregunta seria.

—No fue pregunta.

—Todo miedo pregunta algo.

Lorenzo se sentó de nuevo. La chaqueta de mayordomo seguía en el respaldo de la silla: un animal muerto.

—¿Qué pregunta el mío?

Federico tardó en responder.

—Pregunta si usted fue bueno o útil.

Lorenzo tragó saliva.

—¿Y fui?

—Fue testigo. Eso es más raro.

La palabra quedó viva.

Testigo.

No médico. No mayordomo. No ladrón de poemas.

Testigo.

Federico abrió los ojos.

—Ahora llame a Eduardo. Necesito hacer una estupidez final para que no digan que me volví solemne.

X

Eduardo entró con tierra en las rodillas.

—El muchacho sembró la semilla —anunció—. O la enterró. La diferencia depende de la suerte.

Federico aprobó con un gesto.

—Excelente. Así empiezan las civilizaciones: alguien mete algo en la tierra y espera.

Tomás se quedó en la puerta, sin saber si volver a entrar. Federico lo llamó con la mano.

—Usted también. No crea que por haber sido desheredado puede irse tan contento.

El muchacho obedeció. Ya no apretaba la gorra contra el pecho. La llevaba en la mano, más suelta.

—Quiero dictar un decreto —dijo Federico.

La frase le costó más de lo que quiso admitir. Tosió una vez, luego otra, y la segunda tos le dobló el cuerpo hacia delante. La manta cayó al suelo. Lorenzo soltó la libreta y llegó a sostenerlo por los hombros antes de que la cabeza golpeara la mesa.

—Se acabó —dijo Lorenzo, con una autoridad que no usaba desde hacía meses—. Lo llevo a la cama. Ahora.

Federico intentó responder, pero solo consiguió respirar en pequeños sorbos. Eduardo se puso de pie. Tomás retrocedió hasta la puerta, pálido. Durante unos segundos el reino entero dependió de un pecho que no encontraba aire.

Lorenzo buscó el pulso. Era débil, irregular, casi una pregunta mal escrita.

—Doctor —dijo Federico al fin.

—No hable.

—Precisamente para eso me estoy muriendo.

La voz era mínima, pero había regresado con una terquedad antigua. Lorenzo quiso protestar. Vio, sin embargo, que Federico no se aferraba a la vida sino a una frase pendiente. Le acomodó la manta sobre los hombros y dejó que el viejo se enderezara centímetro a centímetro.

Federico miró a los presentes como si pasara lista en un ejército diminuto. Luego buscó la libreta azul con la mano.

—La página —dijo.

Lorenzo entendió. Abrió la libreta hasta encontrar la hoja doblada de la noche anterior. La tinta se había corrido en una esquina. Leyó en silencio: fe, infancia, cuenta, memoria, pérdida, miedo, hambre.

Eduardo se inclinó para mirar.

—Eso no parece un decreto. Parece una lista de compras escrita durante una fiebre.

—No desprecie las listas de compras —dijo Federico—. Han sostenido más familias que las constituciones.

Tomás no sabía si debía sentarse, acercarse o pedir perdón. Se quedó de pie, con la gorra en la mano.

—Los siete ya están aquí —dijo Federico.

Eduardo frunció el ceño.

—Con todo respeto, Alteza, somos tres y medio. Cuatro si cuento su orgullo. Cinco si la manta tiene derecho a voto.

Federico hizo un gesto impaciente.

—Usted es la cuenta, Eduardo. Antes dije comerciante, pero comerciante le queda demasiado elegante. Usted cuenta deudas, minutos, goteras, sillas rotas. También cuenta chistes cuando no sabe quedarse quieto.

—Me han acusado de cosas peores.

—No durante mi agonía.

Eduardo cerró la boca.

Federico miró a Tomás.

—Usted es la infancia. No porque sea inocente; eso sería una falta de respeto. Es la infancia porque todavía pregunta con la cara antes de preguntar con la boca.

Tomás bajó la vista, avergonzado de que lo hubieran descrito en público.

—Yo solo vine porque don Eduardo me dijo…

—Exacto —dijo Federico—. La infancia siempre llega traída por alguien y luego se queda cargando lo que no entiende.

Lorenzo hizo ademán de interrumpir, pero Federico levantó dos dedos.

—El padre Elías fue la fe. Vino temprano, tomó café malo, no pidió explicaciones suficientes y dejó una mano en el hombro de este hombre como quien firma sin tinta. Eso cuenta.

—No está aquí —dijo Eduardo, más suave.

—Claro que está. Los sacerdotes se van y dejan olor a pregunta.

Federico respiró con dificultad. Lorenzo acercó la mano, pero esperó.

—Lorenzo es la memoria —continuó—. No porque recuerde bien, sino porque guarda hasta lo que le conviene olvidar. Y también es el oficio. El oficio de curar, de mentir poco, de mentir tarde, de quedarse cuando lo razonable era irse.

Lorenzo no escribió nada. Por primera vez, dejó que una frase pasara sin atraparla.

Federico volvió los ojos hacia una silla vacía cerca de la ventana. Nadie la había puesto allí para una ceremonia; simplemente estaba allí, con el asiento hundido y una mancha oscura en la madera.

—La pérdida ocupa esa silla.

Tomás miró la silla. Eduardo también.

—¿Catalina? —preguntó Lorenzo.

Federico tardó tanto en responder que todos pensaron que no lo haría.

—Entre otros nombres —dijo al fin—. Los muertos son malos para venir solos. Traen compañía.

Luego Federico se tocó el pecho con dos dedos.

—El miedo soy yo. No me lo discutan. He tenido práctica.

—Nadie pensaba discutirle eso —dijo Eduardo.

—Y el hambre…

Federico miró hacia la cocina, hacia el pasillo, hacia los techos altos, hacia la casa entera.

—El hambre es esta casa. Siempre queriendo que alguien la habite, que alguien la nombre, que alguien haga ruido para no oírse vacía.

Lorenzo volvió a contar. Fe, infancia, cuenta, memoria, pérdida, miedo, hambre. Siete. No siete personas, no exactamente. Pero tampoco una excusa improvisada.

—Ahora sí —dijo el viejo, agotado—. Ya pueden fingir que todo esto estaba planeado.

Eduardo se sentó.

—Eso promete.

—Lorenzo, escriba.

Lorenzo miró la chaqueta sobre la silla. No se la puso. Tomó la libreta azul y una pluma.

—Listo.

Federico enderezó la espalda. La manta se le deslizó de un hombro. Tomás dio un paso para acomodársela, pero Lorenzo negó suavemente con la cabeza.

Nadie lo corrigió.

—Decreto final del reino —empezó el viejo—. Primero: queda abolida la obligación de obedecerme después de mi muerte.

Eduardo levantó la mano.

—¿Durante su vida sigue vigente?

—No abuse de los vacíos legales.

Lorenzo escribió.

—Segundo: las llaves del reino no abren nada, y por eso deberán conservarse con el mayor cuidado.

Tomás miró el llavero sobre la mesa.

—Tercero: Nestoncio, por llegar tarde a toda mi vida, queda liberado de llegar temprano a mi muerte.

Tomás bajó la mirada.

—Cuarto: Eduardo Fernández queda nombrado heredero de todas las deudas imaginarias que alguna vez contrajo conmigo.

—Eso es injusto —dijo Eduardo—. Yo esperaba tierras.

—Las deudas pesan menos y duran más.

—Acepto bajo protesta.

—Quinto: Lorenzo Abarca, doctor, mayordomo, poeta dudoso y hombre de paciencia sospechosa, queda encargado de no corregir demasiado esta historia.

Lorenzo dejó de escribir.

—Alteza…

—Escriba.

Lorenzo escribió.

—Sexto: si alguien pregunta quién fui, digan primero algo falso. La verdad entra mejor cuando llega de segunda.

Eduardo se rió, pero la risa se le rompió al final.

—Séptimo —continuó Federico, más bajo—: si existe Dios, no lo molesten con mi caso. Ya tuvo bastante conmigo.

Nadie habló.

Federico respiró hondo.

—Y octavo, porque los siete siempre se creen perfectos: declaro que este reino nunca fue mío. Lo tuve en préstamo de quienes me escucharon.

Lorenzo terminó de escribir. Le temblaba la mano.

—¿Algo más?

Federico miró la sala. Sus ojos recorrieron las cortinas, la mesa, el reloj, las tazas, el llavero, la libreta, el rostro de Eduardo, el de Tomás, el de Lorenzo. Pareció hacer inventario sin tristeza.

—Sí. Tráiganme té.

Eduardo se cubrió la cara.

—Dios mío.

Lorenzo se levantó.

—Yo lo traigo.

—No —dijo Federico—. Que lo traiga Nestoncio.

Tomás se enderezó.

—¿Yo?

—Usted. Una herencia sin servicio crea inútiles.

Lorenzo empezó a decir que no hacía falta, pero se detuvo. Tomás miró hacia la cocina.

—No sé dónde está.

—Eduardo le mostrará. Así sirve de algo.

Eduardo se puso de pie.

—Vamos, príncipe. La cocina es el verdadero centro del poder.

Ambos salieron.

Lorenzo y Federico quedaron solos otra vez, aunque no de la misma manera.

—No llegará el té —dijo el viejo.

—Sí llegará.

—No antes.

Lorenzo entendió.

Se arrodilló junto al sillón. Federico lo miró con cansancio, pero también con una pequeña vanidad satisfecha.

—No haga escándalo —dijo.

—Intentaré.

—Si me muero antes del té, culpe a Lorenzo.

—Yo soy Lorenzo.

—Entonces ya sabe.

Lorenzo tomó su mano. Estaba fría.

—Gracias —dijo Federico.

—No tiene que agradecerme.

—Eso lo decide quien agradece.

La respiración se hizo más lenta. Afuera, en el patio, se escuchó la voz de Eduardo explicando algo con exagerada importancia. Tomás respondió con una risa breve. La casa crujió.

Federico cerró los ojos.

—Doctor.

—Aquí estoy.

—Estoy consciente de todo.

Lorenzo apretó su mano.

—Yo ya sabía que usted estaba al corriente.

Federico abrió los ojos con un sobresalto leve, como si aquella respuesta le hubiera quitado la última preocupación. Luego sonrió.

—Farsante.

—Maestro.

—Amigo.

La palabra salió apenas.

Después, don Federico de la Torre respiró una vez más, pero no como quien lucha. Más bien como quien entrega algo pesado en una mesa y se sorprende de que al soltarlo no haga ruido.

Lorenzo esperó.

Contó por costumbre. Luego dejó de contar.

XI

El té llegó tarde.

Tomás entró primero, cargando la bandeja con las dos manos. Eduardo venía detrás, sosteniendo una taza adicional y diciendo algo sobre la lamentable organización de las cocinas monárquicas. Se calló al ver a Lorenzo arrodillado junto al sillón.

Tomás también se detuvo. La bandeja tembló.

—Déjela en la mesa —dijo Lorenzo.

El muchacho obedeció con cuidado, como si un sonido demasiado fuerte pudiera empeorar lo ocurrido.

Eduardo se acercó. Miró a Federico. Luego miró a Lorenzo.

—¿Ya?

Lorenzo asintió.

Eduardo dejó la taza sobre la mesa. No hizo una broma. Tomás permaneció de pie, pálido.

—Yo no… —empezó.

—No hizo nada malo —dijo Lorenzo.

—Pero vine fingiendo.

Se quedó mirando sus manos, como si aún tuviera la semilla en la palma.

—Mi abuelo tampoco sabía quién era yo al final —añadió—. Yo le seguía diciendo abuelo porque no se me ocurrió otra cosa.

Eduardo se volvió hacia él.

—Todos vinimos fingiendo algo.

Lorenzo se levantó despacio. Le acomodó la manta a Federico. Después cerró la libreta azul y la puso junto al llavero.

—Hay que llamar al médico —dijo Eduardo, y enseguida se dio cuenta.

Lorenzo casi sonrió.

—Sí.

—Perdón.

—No. Hay que hacerlo.

Nadie se movió.

Durante unos minutos, la sala tuvo una paz incorrecta. La muerte de don Federico no parecía haberla vaciado, sino ordenado. Las tazas estaban servidas. El reloj de péndulo comenzó a funcionar dando una campanada tardía y sola. Tomás miró hacia el patio.

—¿Qué hago con la semilla? —preguntó.

—Ya la sembró —dijo Eduardo.

—Sí, pero… ¿Debo volver algún día?

Lorenzo tomó el llavero de la mesa. Las trece llaves estaban frías.

—No debe. Pero puede.

Tomás asintió. Parecía decepcionado y aliviado a la vez.

—¿Él sabía que yo no era su hijo?

Lorenzo miró a Federico.

—Sabía lo suficiente.

—¿Y eso qué significa?

Eduardo suspiró.

—Cuando lo averigües, nos explicas.

Tomás no sonrió, pero guardó la frase como si pudiera servirle después.

Lorenzo pidió a una criada que llamara al doctor Salvatierra, un colega discreto que vivía cerca. Luego subió a la habitación de Federico para buscar documentos. Entró y, por primera vez desde que habitaba la casa, le pareció un cuarto pequeño.

Sobre la mesa de noche estaba la copa de vino intacta de la tarde anterior. En la cómoda, un pañuelo

doblado, un reloj sin cuerda, dos cartas de Nestoncio y una piedra lisa que Federico decía haber tomado de un río vencido en batalla. Lorenzo abrió el cajón donde guardaba medicinas. Todo estaba en orden.

Demasiado en orden.

Se sentó en el borde del catre. No lloró aún.

Había muerto un paciente, un rey, un hombre que sabía y no sabía.

Había muerto también el mayordomo Lorenzo, aunque ese cadáver nadie vendría a certificarlo.

En el bolsillo sintió la hoja doblada.

La sacó.

"Morir es cambiar de lector".

La leyó varias veces.

Después bajó.

Eduardo estaba junto a la ventana, fumando sin permiso. Tomás se había sentado en la silla más alejada, con la gorra sobre las rodillas. Federico seguía en el sillón, sereno, casi irritantemente satisfecho.

—Salvatierra viene en camino —dijo una criada.

—Gracias.

Lorenzo se acercó a la mesa y abrió la libreta azul. Buscó el decreto final. Lo encontró en su propia letra.

Debajo del octavo punto, donde él había dejado de escribir, había una línea nueva.

Se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Eduardo.

Lorenzo no respondió.

La línea estaba escrita con la letra temblorosa de Federico. Debió de escribirla antes, quizá mientras Lorenzo fue por algo, quizá durante la noche, quizá en un momento que nadie había visto.

Decía:

"Noveno: no busquen el final donde dejé de respirar".

Lorenzo cerró la libreta. Esta vez sí lloró.

No mucho. No de manera admirable. Lloró como lloran los hombres que llevan demasiado tiempo cumpliendo funciones: tarde, mal y con vergüenza.

Eduardo apagó el cigarro contra el borde de una maceta.

—Voy a extrañar a ese desgraciado.

—No diga eso delante del rey —murmuró Lorenzo.

Eduardo lo miró.

Durante un segundo, ambos tuvieron miedo de reír.

Y rieron.

Tomás los miró sin comprender. Luego, quizá por educación o por contagio, sonrió apenas.

El doctor Salvatierra llegó poco después. Hizo lo necesario. Firmó lo necesario. Dijo frases sobrias que nadie escuchó del todo. Preguntó si había familia.

Lorenzo miró a Eduardo. Eduardo miró a Tomás. Tomás miró la libreta.

—Sí —dijo Lorenzo al fin—. Hay.

Salvatierra no pidió detalles.

Al caer la tarde, se llevaron el cuerpo. La casa quedó más grande.

No vacía. Más grande.

XII

Tres días después, Lorenzo volvió al hospital.

No al que Federico temía, ni al que él había evitado con tanto cuidado, sino al hospital real donde trabajaba antes de convertirse en mayordomo de un reino prestado. Caminó por los pasillos blancos con la sensación de visitar una vida antigua. Las enfermeras lo saludaron con sorpresa. Algunos colegas le dieron palmadas en el hombro. El director le pidió que pasara a su oficina cuando tuviera tiempo, frase que en los hospitales suele significar que el tiempo ya fue decidido por otro.

Lorenzo dijo que sí a todo.

En su antiguo consultorio encontró una pila de expedientes, una planta seca, dos cartas sin abrir y un estetoscopio que le pareció pertenecer a un hombre más joven. Se sentó. Miró la pared. Sobre el escritorio había una hoja en blanco.

Durante media hora no hizo nada.

Luego escribió:

“Caso Federico de la Torre. Observación final”.

Se detuvo.

Tachó la línea. Empezó de nuevo.

“Había que elegir: por un lado estaba la verdad, y por otro, la compasión. Pero nadie me dijo que no podía elegir las dos”.

Volvió a detenerse.

Eso tampoco era un informe. Abrió el cajón y guardó la hoja.

A media mañana, Eduardo apareció sin tocar.

—Aquí huele a obediencia —dijo.

—Es desinfectante.

—Lo mismo.

Traía bajo el brazo una caja de cartón.

—Encontré esto en la mansión.

Lorenzo no corrigió la palabra mansión. Tampoco la palabra reino habría estado mal.

Dentro de la caja estaban las cartas de Nestoncio, algunas respuestas de Federico, la libreta azul y el llavero de trece llaves.

—Pensé que debías tenerlo tú.

Lorenzo tocó la libreta.

—No sé si debo.

—El viejo decretó que no corrigieras demasiado la historia. Nadie dijo que no pudieras cargarla.

—¿Y Tomás?

—Volvió ayer.

Lorenzo levantó la mirada.

—¿A la casa?

—Al patio. Regó la semilla.

—¿Por qué?

Eduardo se encogió de hombros.

—Porque ahora la juventud viene defectuosa.

Lorenzo sonrió.

—¿Le dijiste que no hacía falta?

—Claro.

—¿Y qué dijo?

—Que por eso mismo podía hacerlo.

Lorenzo bajó la vista.

Federico habría aprobado esa respuesta. Eduardo se sentó sin permiso.

—¿Vas a escribirlo?

—No sé cómo.

—Con mentiras pequeñas.

—Eso decía él.

—Era insoportable, pero a veces tenía razón.

Lorenzo abrió la libreta azul. Pasó varias páginas hasta llegar a una casi vacía. Allí Federico había escrito solo una pregunta:

"¿Qué soy?"

Debajo, sin recordar haberlo hecho, Lorenzo escribió:

"Lo que otros todavía pueden contar".

Eduardo miró la frase.

—Poeta dudoso.

—Cállese.

—Mayordomo sensible.

—Eduardo.

—Doctor del reino.

Lorenzo cerró la libreta, pero esta vez no por vergüenza. Esa tarde, al salir del hospital, pasó por la farmacia.

Compró una caja de pastillas para el dolor de cabeza.

No le dolía nada, pero las guardó en el bolsillo como una precaución absurda contra el mundo.

En la calle, el cielo estaba despejado. Los autos avanzaban con lentitud. Una mujer discutía con un vendedor de lotería. Un niño lloraba porque se le había caído un helado. Un perro olía la base de un

poste con concentración filosófica. Todo parecía vulgar, torpe, repetido.

Un día común.

Lorenzo caminó hasta la parada del autobús. Mientras esperaba, sintió en el otro bolsillo el peso del llavero de trece llaves. No sabía por qué lo llevaba. Ninguna abría su casa. Ninguna abría el hospital. Tal vez ninguna abría nada.

Aun así, le tranquilizaba tenerlas.

El autobús tardaba. Una lámpara del andén parpadeaba, aunque todavía no era de noche. Lorenzo la miró con una atención que habría hecho reír a Federico. Pensó en el tiempo como esa luz defectuosa que insiste en encender aunque nadie se lo agradezca.

Sacó la libreta azul.

En la última página escribió:

"Una casa puede ser un reino si alguien necesita despedirse en ella. Un médico puede ser mayordomo. Un hijo puede llegar sin ser hijo. Un muerto puede seguir haciendo preguntas".

El autobús llegó.

Lorenzo subió.

No encontró asiento, así que se quedó de pie junto a la puerta. Al avanzar, vio la ciudad moverse por la

ventana: fachadas, cables, rostros, esquinas, un árbol torcido creciendo entre dos aceras. Pensó en la semilla bajo el guayabo, en Tomás regándola, en Eduardo fingiendo no importarle, en Federico entregando llaves que no abrían nada.

Una mujer mayor subió en la siguiente parada.

Lorenzo le cedió el lugar que no tenía, moviéndose apenas para darle espacio junto al tubo. La mujer agradeció con un gesto. Llevaba una bolsa de pan caliente. El olor llenó el autobús.

Lorenzo sintió hambre.

Esa sensación mínima, ridícula y viva le pareció una noticia. Cuando llegó a su casa, preparó té.

No porque le gustara demasiado.

Lo hizo por costumbre, por burla, por duelo, por gratitud. Lo hizo mal: lo dejó reposar demasiado y salió amargo. Lo bebió de todos modos.

Después sacó la caja de cartas, la libreta azul y las llaves. Puso todo sobre la mesa. Durante un rato no supo qué hacer con aquello. Luego tomó una hoja limpia.

No escribió un informe. Tampoco un poema.

Escribió: “Don Federico de la Torre despertó con la certeza de haber entendido algo decisivo”.

FIN



Autor

Raúl Méndez Rodríguez

Escritor, editor y desarrollador costarricense. Trabaja entre literatura, edición independiente y tecnología cultural.


Sello
EDI